



Partido Socialista de Chile

*Derrota electoral en 2010 y
derrota política de la mayoría
por los cambios*

Iván Nazif
04/02/2010

Contenidos

INTRODUCCIÓN	1
LOS EPISODIOS	2
ÚLTIMO CAPÍTULO: LA NOTA MÁS ALTA LA DIO EL RESULTADO ELECTORAL DE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL.....	2
PENÚLTIMO CAPÍTULO: CAMPAÑA DE SEGUNDA VUELTA	2
ANTE PENÚLTIMO CAPÍTULO: LA PRIMERA VUELTA.....	2
CAPÍTULOS ANTERIORES: LA PREPARACIÓN DE LAS CANDIDATURAS Y EMPEZAMOS A AVIZORAR CAUSAS	3
CÓMO ANALIZAR LA DERROTA	4
CUANDO UNO GANA EL OTRO PIERDE Y CUANDO UNO PIERDE, EL OTRO GANA.....	4
VEINTE AÑOS DE CONCERTACIÓN	4
ACUMULACIÓN DE PODER ECONÓMICO	5
LAS CONTRADICCIONES PRINCIPALES Y LAS SECUNDARIAS	8
GESTIÓN DEL PODER SIMBÓLICO Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN	9
LAS BARRERAS INSTITUCIONALES.....	11
LAS ALIANZAS POLÍTICAS Y LAS LEALTADES CON EL GOBIERNO Y CON LA ALIANZA.....	12
PRIMER PERIODO: TODO BIEN Y HASTA DE PARTIDO TRANSVERSAL SE HABLÓ	13
DEMOCRACIA DE LOS ACUERDOS COMO DEMOCRACIA CORPORATIVA	13
LOS CONFLICTOS POLÍTICOS DE FONDO	14
PRIMERO LA DC Y LUEGO EL PS – PPD, COMO SI FUERA UN PROCESO ORDENADO	15
EL TRATAMIENTO INADECUADO DE LOS CONFLICTOS Y LAS LEALTADES. DÍSCOLOS Y TRÁNSFUGAS.	16
LA NECESIDAD DE REPENSAR LA POLÍTICA Y ARMAR UNA ESTRATEGIA NO SÓLO DE GOBIERNO SINO QUE DE PODER PARA EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO Y POPULAR EN CHILE	18
MAYORÍA POPULAR	18
TRATAMIENTO A LAS DIFERENCIAS INTERNAS.....	19
APOORTE SOCIALISTA	20

Introducción

Este documento tiene como objetivo presentar una reflexión luego de la derrota experimentada por la Concertación en la reciente elección presidencial. Contiene la visión de un militante socialista y se presenta para contribuir al debate interno del Departamento Agrario del PS.

Probablemente, se coloque en discusión a los pocos días del terremoto que afectó nuestro país el 27 de febrero. Los ánimos son distintos y surgirán muchos llamados a la unidad nacional, habrán, ahora sí, razones objetivas para esa convocatoria y es necesario asumir el desafío de la reconstrucción de las zonas dañadas en el curso de los próximos años. No obstante, por los comportamientos sociales observados estos días solicito poner atención al punto referido a los medios de comunicación que trata el problema de la delincuencia. Fue escrito antes del terremoto y no le cambié nada, para no desvirtuar lo que estaba escrito desde antes de este trágico episodio.

Si bien el terremoto es un hecho social y político de enorme magnitud e impacto, su realidad no cambia la afirmación clave con que se ordenó la argumentación de este documento, que se sintetiza en que -no obstante las incontables interpretaciones referidas a episodios recientes, muchas de ellas válidas- es necesario intentar una visión general del proceso político vivido en Chile durante estos veinte años. Esto es indispensable para:

- i) situar con mayor ecuanimidad el rol de los dirigentes que tuvieron responsabilidad de conducción en el trayecto hasta la situación actual. Para ello se debe aceptar que las condiciones políticas generales y el nivel de conflictos internos determinan los grados de libertad que disponen los dirigentes para adoptar decisiones;
- ii) precisar claramente los objetivos estratégicos no logrados por la Concertación y en muchos casos ni siquiera planteados dentro de la coalición, de manera de evaluar su vigencia en la condición actual. Objetivos estratégicos son todos aquellos que conduzcan a disminuir el poder de los grupos dominantes en la economía y en la superestructura de la sociedad. Hubo también objetivos estratégicos logrados de los cuales sólo se hace mención en el texto, tales como la recuperación de la democracia y el avance en esclarecer la verdad y en realizar los juicios por las violaciones a los derechos humanos en el periodo de la dictadura;
- iii) Sólo si se hace un esfuerzo colectivo orientado a conjugar un diagnóstico más ecuánime en lo político y que contenga mayor claridad respecto de las grandes áreas no resueltas en el proceso de la democratización de la sociedad chilena posibilitará plantear un programa de acción que apoye la reformulación del partido para los años que vienen y construir el Programa para un Chile más justo y libre.
- iv) Aplicar, aunque sea en general, la forma de analizar la realidad nacional para la situación agraria y para la población rural, con el propósito de reorganizar las fuerzas políti-

cas que contribuyan a la recuperación del gobierno tras un programa de transformación del sistema político y económico.

Como forma de exposición se hace una referencia inicial a los episodios recientes, (excluido el terremoto) para concluir que su descripción, aunque sea extremadamente detallada no da para responder a los cuestionamientos más profundos que surgen con la derrota electoral de enero reciente. Luego se utiliza un marco teórico en que reaparecen las categorías de dominación y superestructura para presentar una explicación más estructural a la derrota. Como conclusión general se elaboran propuestas que abordan los objetivos estratégicos que resurgen con esta coyuntura, las alianzas y las formas de trabajo que permitirían recuperar la iniciativa en los sectores populares dentro de los próximos años.

Los episodios

Último capítulo: la nota más alta la dio el resultado electoral de la elección presidencial

Sebastián Piñera ganó la segunda vuelta y resultó elegido Presidente de la República, cargo que ejercerá por cuatro años a partir del 11 de marzo de 2010.

Penúltimo capítulo: campaña de segunda vuelta

- La declaración de Marco Enríquez a favor de Frei fue confusa y extemporánea.
- Las reacciones de la Concertación a las peticiones de proyectos de ley planteadas por Marco, aunque fueron una señal en la dirección correcta, resultaron tardías para conseguir su apoyo.
- La declaración de Carlos Ominami no alcanzó para resolver el problema planteado por Marco respecto a su llamado a la libertad de acción de sus electores.
- La negativa de los presidentes de los partidos DC y Socialista a renunciar implicó que no aceptaron la principal condición impuesta por Marco Enríquez para brindar su apoyo a Frei.
- La pifia del público, núcleo duro de la Concertación a los presidentes de los partidos en el Court Central del Estadio Nacional en el momento que se inició la campaña de la segunda vuelta de la elección presidencial.

Ante penúltimo capítulo: la primera vuelta

Resultados: Piñera 44,1%, Frei 29,6%, Marco Enríquez 20,1%, Arrate 6,2%.

Los porcentajes correspondieron a un candidato de derecha que obtiene la votación tradicional de este sector político. Lo mismo la izquierda extraparlamentaria que se mueve en el orden del 5% y que en esta ocasión creció un poco, probablemente por sumar alguna votación socialista. La dife-

rencia con las experiencias anteriores es que la Concertación aparece dividida y los votos de Frei y Marco Enríquez, como se demostró, no eran estrictamente sumables.

Lo realmente llamativo es que la Concertación como coalición oficial con apoyo de los partidos y del Gobierno de la presidenta Bachelet no alcanza un 30% de los votos. El voto castigo fue muy significativo, pues los partidos de la concertación por su parte en la elección parlamentaria obtienen un 44%. Vale decir, un 40% del electorado habitual de la Concertación decidió mostrar su desencanto en la primera vuelta y se volcó a los otros candidatos que provenían de las mismas filas de la coalición.

Capítulos anteriores: la preparación de las candidaturas y empezamos a avizorar causas

El formato utilizado para hacer las primarias en la Concertación no tuvo éxito. No fue competitivo y por lo mismo le restó legitimidad al candidato que finalmente la representó. Con independencia de los argumentos políticos, formales o no, que respaldaron lo actuado, el resultado es que no se logró levantar una alternativa que concitara apoyo popular genuino. En una versión optimista respecto a interpretar los intereses de la población se podría establecer que no se cumplió con la expectativa de participación ciudadana. Otra explicación tan válida como la anterior, y que no es contradictoria, es atender simplemente a que el proceso de definición de la candidatura se hizo de manera desordenada y con demasiada exposición pública de las diferencias internas. Todo esto generó un hándicap que no se pudo remontar.

El efecto fue un quiebre de hecho que cristalizó en tres candidaturas¹ que no eran de derecha: dos provenientes de la Concertación más una que corresponde a la izquierda extraparlamentaria cuyo apoyo se había tornado habitual para el candidato oficialista en la segunda vuelta. Lo peor es que dos de esos candidatos eran hasta hace poco militantes socialistas y este partido oficialmente apoyó al candidato de la Concertación. Todo esto es muy expresivo de la falta de prolijidad en los procedimientos utilizados para resolver liderazgos tanto partidarios como dentro de la Concertación.

Por su parte, en la derecha, la UDI resolvió admitir la mejor opción de Sebastián Piñera y resignó su posibilidad de levantar una candidatura propia. Por tanto, los partidos de la Alianza por Chile decidieron nominar un único candidato.

¹ No está de más hacer una referencia que sólo a dos meses que se realizara la elección presidencial en primera vuelta, había cinco candidatos que no eran de derecha, cuatro de ellos provenientes de la Concertación. Por tanto dos más que los que llegaron al final; uno con origen DC, Adolfo Zaldívar y el otro, uno más, con militancia reciente en el Partido Socialista, Alejandro Navarro.

Cómo analizar la derrota

Los anteriores son hechos verificables del pasado reciente y se podría seguir, largamente, vinculando episodios con descripciones cada vez más completas, con mayores detalles y con argumentos sólidos y también comprobables. De este modo la derrota se atribuye a una u otra razón según sea el bando interno que quiere explicar el resultado electoral. Sin embargo, el hecho político que implica reconocer que la derecha accederá al Gobierno por la vía de lograr una mayoría política en Chile, requiere más que explicaciones episódicas y a ese objetivo se dirigen los siguientes acápite.

Cuando uno gana el otro pierde y cuando uno pierde, el otro gana

Este subtítulo es muy obvio, no obstante cabe resaltarlo porque ha sido frecuente que algunos de los dirigentes de la Concertación señalen que más que ganar la derecha, quien perdió fue la propia alianza de gobierno, admitiendo de este modo que se actuó de manera equivocada (por supuesto, haciendo referencia a quienes no obedecieron la línea política oficial), y que fueron las malas decisiones internas las que condujeron a la derrota.

Esta es una afirmación con validez parcial, como es frecuente cuando se analizan situaciones sociales. Pero es pertinente considerarla para desentrañar algunos hechos internos que se transforman en causas de lo ocurrido. Posteriormente, en este análisis se postula que esos hechos o decisiones internas dan sustento a la recuperación política de la derecha que alcanza un triunfo electoral, cuyo reconocimiento, como triunfo propio, es la demostración de la otra cara de la misma medalla, que dio lugar al título de este acápite.

Veinte años de Concertación

La Concertación tiene todo lo positivo que se le reconoce y atribuye. Dio gobernabilidad, condujo una transición ordenada, abrió el espacio tanto a que se realizara justicia en miles de casos de violación de derechos humanos como a que se acercaran posiciones que indican que la sociedad chilena está menos fragmentada socialmente y que, en general, está reconciliada con su pasado. También se reconoce una gestión económica responsable y un avance en la protección social y disminución de la pobreza. Más en general, Chile es apreciado como un país con alto desarrollo humano, según ciertos indicadores internacionales. Se podría seguir enumerando logros, pero baste con lo señalado para ilustrar que existe esta percepción favorable generalizada dentro de Chile y en el ámbito internacional. Pero, como en esta reflexión se trata de analizar por qué se perdió, tiene poco sentido hacer una apología de lo hecho, porque en parte de lo hecho está el fundamento de la derrota. Entonces, sin negar lo bueno, cabe profundizar en los problemas para encontrar explicaciones más estructurales a los resultados electorales.

La Concertación administró el gobierno con la mayor justicia social posible, dado el tinglado institucional y económico heredado de la dictadura. Esa noción, implícita en los sucesivos gobiernos, fue posible porque la Concertación contenía al mismo tiempo una propuesta de cambio de régimen político, que encontró un mínimo común denominador en la reivindicación de los derechos políticos de la ciudadanía en general.

Además, cabe señalarlo sin pudor alguno, la Concertación tuvo el estímulo de administrar un gobierno porque su sola gestión implicaba una inserción laboral estable para un vasto grupo de profesionales que por años habían sido excluidos de las funciones públicas.

Todos entendieron que en una alianza había que negociar y como parte de ese proceso había que ceder en ciertos postulados que son característicos de cada uno de los participantes de esos acuerdos. En cualquier caso, luego de veinte años, lo obrado es más cercano al modelo de centro que al de izquierda, puesto que los gobiernos democráticos se sintieron permanentemente intimidados por las diversas expresiones políticas, comunicacionales, empresariales y hasta militares, en su momento, de la derecha. Esto hizo evidente los temores y los límites para los cambios, y por tanto, además de la negociación dentro del conglomerado, muchos de los límites con que actuaron los gobiernos concertacionistas vinieron desde fuera, particularmente desde el conservadurismo de la institucionalidad construida en el periodo dictatorial.

Acumulación de poder económico

Entonces, como primer ejemplo ilustrativo de esta relación de fuerzas, se aceptó que el modelo económico seguía, con pequeñas variaciones que apuntaban a disminuir la pobreza y a dotar de servicios a la población más marginada, pero sin que ello constituyera una modificación de lo característico del estilo de crecimiento económico que hasta los noventa del siglo pasado se había adoptado.

Era sensato, para todos los partidos, aceptar los postulados básicos del modelo económico, que se resumen en el respeto irrestricto de la propiedad privada, la liberación de los mercados de la intervención de los gobiernos, la profundización del proceso de apertura al comercio internacional y a las inversiones extranjeras y la modernización del Estado.

En general, estos postulados forman parte del consenso que se construye luego del fracaso de los socialismos reales y de la caída del modelo soviético en 1990. Por tanto, lo que cabía discutir era cómo gestionar este modelo para darle una cara más humana y que contuviera ingredientes de justicia social. Incluso se revalidó el término de economía social de mercado para dar esta connotación en el lenguaje.

No obstante, el carácter de la dominación económica no se discutió y se entendió como parte del consenso. Algo así como que la derecha decía: *en esta división del trabajo, ustedes dirigen el gobierno y nosotros la economía*.

Aceptar el modelo económico era consentir la dominación. La gran pregunta cuya respuesta no ha sido siquiera abordada era y sigue siendo, cómo, aceptando estas determinantes de la organización económica, se puede avanzar en restar poder a la dominación económica. En nuestros términos significa cómo desplazar decisiones trascendentes desde los grupos económicos al Estado y a la ciudadanía representada en ese Estado.

Como no hubo espacio para una discusión profunda que tuviera interlocutores comprometidos con la responsabilidad de adoptar decisiones de política, los -así llamados- temas teóricos fueron desplazados de la gestión pública². En estos veinte años junto con la gran obra concertacionista (que no seguiremos reiterando, pero que explicitamos por última vez, para que no se reclame falta de ecuanimidad en el análisis) debemos admitir que:

1. No varió la distribución del ingreso, aunque disminuyó la pobreza. Eso significa que el sector público actuó para atenuar las desigualdades pero que no avanzó en disminuirlas. No hubo una reforma tributaria que afectara más los impuestos directos que los indirectos, que modificara el destino de los subsidios a las grandes empresas, que hiciera coherente el gasto social necesario para el desarrollo humano con un aumento en la carga tributaria, que es de las más bajas entre los países de la OCDE. En consecuencia, el peso de la superación de la pobreza de millones de chilenos, ha sido el resultado de transferencias públicas a la población con carencias, antes que a mejoras en la participación de los salarios dentro del producto.
2. Se mantuvo incólume el sistema de privatización de un porcentaje significativo del ahorro de los trabajadores (20 a 22%) mediante el sistema de pago de comisiones a las AFP, que son un particular “impuesto” de los trabajadores al sector privado, que impiden al Estado

² Una tarde, antes de que asumiera el Gobierno de Patricio Aylwin, en una casa de la concertación ubicada en la calle Almirante Simpson, se realizó una reunión de futuros ministros económicos, subsecretarios y jefes de servicio. En esa ocasión acoté que era necesario concordar en un cierto rol del Estado para preparar las condiciones a un cambio en la forma que se ejercía la dominación económica en Chile. Carlos Ominami, designado Ministro de Economía dijo: no cabe duda que ese es un problema importante, pero acá estamos para preparar nuestra gestión de gobierno y no para hacer discusiones teóricas y así siguió la reunión. Sin duda que lo dicho, en ese momento, por el futuro ministro, tenía el peso de la cordura y de la oportunidad. Lo complicado fue que el problema nunca tuvo espacio para enfrentarse. Así como este episodio, debe haber miles, que distintos compañeros pueden mencionar. La ideología de las cosas concretas, esa que dice que los diagnósticos sobran y que es hora de actuar y no pensar, o la actitud inefable de hacer sentir a los demás que ‘todos estamos en un importante acuerdo’ y que quien pregunta, lo único que demuestra es su no pertenencia al círculo de los iniciados. Todos estos comportamientos, finalmente, se mostraron como expresión de lo que en otro momento un destacado teórico denominó como la acción propia de los intelectuales orgánicos.

participar de este mercado cautivo. Hubo reforma previsional que consiguió alta adhesión al gobierno, pero que no afectó el sistema de apropiación privado del ahorro de los trabajadores.

3. Se consolidó la privatización de las empresas públicas que se traspasaron a los grupos económicos en plena dictadura y se produjo la transnacionalización en la propiedad de la mayor parte de las minas de cobre. Codelco sólo produce una menor proporción de las exportaciones y por esta razón la cuenta corriente de la Balanza de Pagos es expresiva de las remesas de utilidades que salen diariamente como resultado de la explotación de las minas de cobre.
4. Se privatizaron los servicios de agua potable, se calcularon y fijaron tarifas para garantizar las ganancias de los inversionistas privados en las telecomunicaciones, en las carreteras concesionadas, en lo que fueron históricamente servicios públicos hoy privatizados y a través de protección ante la competencia, y además, las regulaciones que se han establecido favorecen las ganancias en la banca y en general en las finanzas.
5. Se evitó la reforma laboral que implicaba incrementar la capacidad de organización y de negociación de sindicatos.

En definitiva, los dueños del capital nacional y transnacional encontraron condiciones más que propicias para incrementar su riqueza y por tanto aumentaron la base material que les permite incrementar su poder en la sociedad. Esto se demuestra porque sus conceptos predominan ampliamente cada vez que se quiere discutir un asunto de fondo, como fue para la reforma previsional, como es para la discusión de las relaciones laborales, como ha sido para entender la inversión extranjera, o la definición de sectores sensibles en las negociaciones de los acuerdos comerciales, así como para evitar la reforma tributaria o para definir los subsidios que todo el país les concede.

La conclusión es que los propietarios del capital tanto nacional como transnacional se hicieron más poderosos durante estos veinte años. Estos sectores apoyan casi mecánicamente la opción de un gobierno de derecha, como ha quedado de manifiesto una vez más, sin que ello constituya el menor asomo de asombro respecto a la alineación política del empresariado³.

Por tanto, esta conclusión conduce a inferir que en su gestión de gobierno, durante veinte años, la Concertación incrementó el poder económico de su adversario político. Se puede argumentar que podría haber sido peor con la continuidad de Pinochet o con otros gobiernos de derecha. Por supuesto, aunque sea ficción plantear esa posibilidad que no se dio. Pero acá y ahora se analiza lo que realmente ocurrió y lo que ocurrió es que con gobiernos democráticos los grupos económicos aumentaron su poder en la sociedad.

³ Esa identificación de opción política con pertenencia a una clase social o a un grupo de sectores que no ocultan su poder, es una característica de las ofertas electorales que cabe tener en cuenta pues es expresiva de una coherencia que la ciudadanía muestra no temer ni estar interesada en castigar.

Las contradicciones principales y las secundarias

En este contexto en que lo principal no se discutió, algunos en el Partido Socialista asumieron que teníamos un modelo socialdemócrata como sustento a la política económica. Pero, todo el tiempo estuvimos a la defensiva respecto al rol del Estado. No sólo eso, en veinte años no se consolidó el conocido Estado de Bienestar -a nadie se le ocurriría postular que con 18% de carga tributaria se construye ese tipo de Estado-. Por tanto, difícilmente se podría haber planteado que estábamos construyendo un Estado bajo la ideología socialdemócrata.

Por su parte, la Democracia Cristiana que había abandonado su versión de organización comunitaria de la sociedad, tampoco estuvo interesada en armar ese tipo de sociedad y fueron sus voceros los que propusieron el término de economía social de mercado.

En consecuencia, si en la concertación hubiera prevalecido una disputa ideológica respecto a paradigmas de sociedad, probablemente se habrían confrontado los modelos socialdemócratas y socialcristianos con raíces europeas. Lo que ocurrió, en cambio, es que se gobernó con un orden pragmático y se aceptó el poder de los grupos de presión, entendiendo que con este acuerdo, al cual concurrían empresarios, militares y medios de comunicación, se brindaba la garantía de gobernabilidad.

Como no se discutió del poder económico, entonces se estableció que la sociedad si podía estar dispuesta a debatir y decidir lo que en otros momentos denominamos contradicciones secundarias⁴:

- Surgieron las luchas por diferencias sexuales en el acceso al trabajo, a los ingresos y a las conductas en los diversos ámbitos de la sociedad; en consecuencia, se visibilizó el enfoque de género.
- Se ideologizó la lucha por los pueblos originarios; se les aportó marco teórico y se facilitaron las condiciones para su adscripción a los movimientos internacionales que apoyan estas causas.
- Otro tanto ha ocurrido con el medio ambiente y últimamente con el cambio climático.
- También hoy acceden a espacios de atención en los medios de comunicación una serie de temas emergentes: minorías sexuales, derechos privados y personales, tercera edad, entre varios otros.

Nadie discute que en estas áreas haya mucho que mejorar y cambiar. Lo que no correspondía confundir es que esos y no los temas estructurales eran los que requerían la atención preferente del Estado y de la movilización social.

⁴ En rigor refieren a las diferencias de apreciación acerca de lo que en otros marcos teóricos se denominan las variables atributos que acompañan a las categorías esenciales

En otras disciplinas a estas acciones se las llama distractivas. Probablemente, en política también lo hayan sido. No estaría de más verificar, como indicador de internalización de estas políticas, si se consiguió mayor apoyo electoral femenino, indígena, de tercera edad o de los ciudadanos en general. Eso habría ocurrido si los electores, de estas características, hubieran valorado las políticas que los gobiernos de la Concertación implementaron durante estos años. Probablemente para los más avanzados ideológicamente en cada uno de esos campos lo realizado fue insuficiente; para una gran parte de la ciudadanía su preferencia electoral haya sido indiferente de estas políticas.

En estas materias quedan muchos conflictos pendientes, sin embargo, pueden alcanzar la condición de áreas en que se requieren debates y decisiones, pero que no cambian lo esencial de la dominación ni del peso de la superestructura ideológica en materia de conformación del Estado.

Gestión del poder simbólico y medios de comunicación

Hoy nos queda The Clinic, la radio cooperativa y, quizás, el www.mostrador.cl.

Saliendo del Gobierno, no habrá más que los antes señalado: TVN pasará, con cuoteo incluido, a ser dirigido por autoridades proclives al nuevo gobierno, qué decir de La Nación. Así la TV abierta estará 100% en manos, imágenes y voces de la derecha. Tal como la prensa, la mayoría de las radioemisoras. Probablemente disminuyan los minutos dedicados a la delincuencia y aumenten los dedicados a mostrar las obras del gobierno y la farándula, aliada estratégica de la derecha.

Podemos aspirar que internet, los mails y twitter disminuyan esta brecha, pero es demasiado optimista suponer que los mensajes interpersonales superarán la presencia y potencia de los medios de masas.

Este es el panorama presente y el que se nos viene, pero, qué hicimos entretanto para cambiarlo (veinte años duró el entretanto). Muy poco, casi nada.

Se aceptó la idea que la libertad de prensa es la libertad de empresa. Cómo sabemos en los mercados predomina quienes tienen dinero o capital. Si la comunicación es un giro empresarial más, este mercado de las comunicaciones no funciona distinto. Se produce una concentración del poder mediático, así ha sido y peor será en los próximos años.

Nuestros dirigentes estuvieron siempre dispuestos a actuar según los cánones impuestos por los medios de comunicación. Incluso se les financió, siguiendo ciegamente la expectativa que comprando espacios para suplementos o ediciones especiales se podrían atenuar la disparidad de sentidos y contenidos de esos mismos medios. No fue así. Los medios son abrumadoramente la caja de resonancia del poder económico y político. Por esta incoherencia propia de los mensajes publicitarios el candidato de derecha pudo hablar de cambio como algo deseable y sin contenidos más que la enumeración de adjetivos: cambio, futuro y esperanza. Esto en circunstancias que el continuismo garantizaba la presencia de un elenco que como gobierno representaba una amplia ma-

yoría en términos de opinión favorable al gobierno. Pero un pequeñísimo porcentaje de la población, que se repetía como padrón electoral, decidió que el mensaje del cambio o de la alternancia era preferible. Puede ser algo menos de 2%. Muy poco. Pero en el margen, cómo se jugó esta elección, esos contenidos y sus sentidos fueron significativos.

Por esta concentración de los medios es posible constatar que la visión conservadora predomina en los medios de comunicación: en lo social, en lo cultural, en lo político. Las conductas sexuales y sus consecuencias son el motivo en que se focalizan las diferencias entre visión conservadora y liberal. Aceptando eso sí, que tal clasificación es propia de las elites, puesto que la mayoría vive su sexualidad y sus consecuencias sin esta adscripción a doctrinas ordenadoras. En materia de aborto, que siempre se rechazó mediáticamente lo más que se alcanzó fue poner el aborto terapéutico como posibilidad de debate. Ni siquiera como opinión. Entretanto sigue siendo una conducta generalizada en la sociedad, con el consiguiente peligro para las mujeres que se arriesgan a realizarlo. Riesgo de salud y riesgo legal, pues en términos formales incurrir en delito y pueden ser sancionadas judicialmente. La píldora del día después se impuso en un intersticio pre electoral en que nadie quería aparecer negándola. Los homosexuales adquirieron notoriedad sólo al punto que se aceptó su existencia. El divorcio es reciente y la Iglesia aún censura los desnudos parciales de las mujeres en las playas.

La campaña de Marco Enríquez contribuyó a avanzar en este plano, pero sólo en el margen. Ahora, que ese candidato ha perdido su gravitación electoral, perderá también su atractivo para los medios de comunicación.

En cualquier caso, el resultado de la concertación en veinte años en estas materias es extremadamente pobre. Solo el divorcio, la existencia de The Clinic y apertura a debates. Legalmente poco o nada más.

En cambio la derecha ha colocado un tema como el principal durante veinte años: la delincuencia. Los medios de comunicación le dedican enormes espacios en páginas o minutos según sea el medio. Había un interés político, demostrar que los gobiernos de la Concertación no eran eficientes en su lucha contra quienes atentan contra el orden, la moral, la propiedad y la vida. Las ideas de la mano dura o de la Ley del Talión surgen con gran fluidez de los sectores más diversos de la población. Buena parte de los debates políticos se resumían en ofrecimiento de número de carabineros, de cárceles, de castigos ejemplarizadores. Nadie se escapaba a esa escalada de justicieros. El Estado de derecho, siempre aparece como una dificultad puesta por los débiles ante esta gran cruzada.

Nuevamente, no se trata de plantear que la delincuencia no existe o que no tiene importancia. De lo que se trata es de no sobredimensionar un tema que no debería ser el que clasifique entre un buen y un mal gobierno. Lo llamativo de colocar este tema como ordenador es que reduce el comportamiento humano a la condición de bondad y maldad entre las personas. No hay cultura ni

oportunidades que expliquen, aunque sea en parte, los comportamientos humanos. Acá se ofrece una comprensión del mundo en que -por lo vivido por las víctimas o por quienes empatizan con ellas a través de los medios de comunicación- afloran las emociones más básicas. Un mundo de buenos y malos, de víctimas y victimarios, de delincuentes y justicieros.

El intento político exitoso es vincular a las víctimas de los delitos con los que se proponen para hacer justicia. El marco ideológico es apelar a un orden natural o divino, para explicar las diferencias entre las personas.

Este mismo razonamiento se extiende al mundo económico y social. Es natural que exista diferencia en las propiedades de las personas o grupos de personas. Lo indebido es atentar contra ese orden natural.

Las barreras institucionales

Desde el primer día de su primer gobierno la Concertación estableció su diferencia con la Constitución del 80, con su régimen político y con el sistema electoral. Pero fue esta misma constitución y régimen político y electoral los que impidieron su cambio. Aceptar esa legalidad tal cual fue impuesta, sin que haya existido capacidad de movilizar socialmente para que se hubiera terminado con ese tinglado, es una tercera manifestación del ejercicio de poder que realizan los grupos dominantes en la sociedad y el Estado de Chile. Primero, si había mayoría política no se podía ejercer por la presencia de senadores designados que bloquearon cualquier cambio institucional. Luego, cuando ya no estaban los senadores designados, no hubo cohesión política para sostener la mayoría electoral que se consiguió junto con la elección del actual gobierno. A partir de ese momento se inauguraron los díscolos que terminaron con la estabilidad de la Concertación.

De este modo, hasta hoy persiste el sistema binominal y recién se abre la posibilidad de cambiar el padrón electoral, toda vez que se modificó la forma de ejercicio de la ciudadanía en materia electoral, con la aprobación de la inscripción automática y del voto voluntario.

Estas restricciones hicieron que aún encabezando el Ejecutivo, la Concertación no pudiera avanzar en reformas más profundas. Toda reforma pasó durante este largo tiempo por la democracia de los acuerdos que se expresó permanentemente en la capacidad de veto que ejerció la -hasta el 11 de marzo de este año- minoría política que representaba la derecha en nuestro país.

La única forma que no se ejerció era haber tensado el sistema político mediante movilizaciones sociales que hubieran legitimado la petición de un plebiscito tendiente a cambiar el orden político. Pero esa política, que tenía ribetes rupturistas, no se realizó y por tanto, invocarla es también hacer política ficción.

En consecuencia, el comportamiento político del Ejecutivo dirigido por la Concertación y del Parlamento, en el cual nunca se pudo ejercer mayoría, por una razón u otra, implicaron que la dere-

cha no perdió poder político. Como mucho perdió iniciativa, lo que es muy significativo, pero nunca dejó hacer y finalmente este mismo orden político lo usará para su provecho.

En concordancia con lo que se señalaba al inicio del documento cabe concluir que institucionalmente estuvimos atados y además en términos de movilización popular, que es una forma de presión legítima en democracia, también estuvimos por su inhibición más que por su desarrollo o profundización.

Las alianzas políticas y las lealtades con el gobierno y con la alianza

La alianza de la Concertación fue exitosa desde que se constituyó para enfrentar el Plebiscito convocado por Pinochet para sancionar su continuidad. De los veinte años en el gobierno, los diez primeros correspondieron a dos presidentes demócratacristianos; los siguientes diez años los gobiernos fueron encabezados por presidentes del área de los partidos socialistas o partido por la democracia.

Se podría pensar que esta tan equilibrada distribución de los ejercicios de la Presidencia, fue el resultado de un acuerdo entre los denominados bloques progresistas y socialcristianos. Sin embargo, puede ser más provechoso indagar en el desempeño del conglomerado antes que suponer ciertos comportamientos que serían resultado de armonías superiores.

La oposición existente en el periodo en que se ganó el plebiscito se caracterizaba por la diversidad del arco de posiciones políticas. Estaba una izquierda altamente movilizada con fuertes diferencias internas respecto a las formas de lucha y un centro político que tomó la iniciativa respecto al reconocimiento de la institucionalidad propuesta por la dictadura.

El acuerdo de la Concertación desde su propia creación como conglomerado político implicó un reconocimiento del adversario y de su normativa. Esto, más explícito o no, significaba reconocer que para rehacer la democracia correspondía tener una cara que diera confianza a los sectores dominantes del país. Con el triunfo del plebiscito se lograba cambiar el régimen político, de democracia a dictadura y como se verificó al año siguiente, cambiar también quien gestionaba el Gobierno. Pero en ningún caso implicó cambiar el carácter del régimen de dominación. Eso lo tenía claro el conglomerado de la concertación y por eso, adecuó sus cartas para no presionar más allá de lo que los medios de comunicación oficiales, los militares y en general el empresariado le estaban permitiendo.

La democracia cristiana y Patricio Aylwin, aliados con los radicales jugaron el rol de dar confianza a los sectores dominantes que no había un retorno al conflicto vivido en la década del setenta, cuando la democratización y la radicalización de los procesos de lucha social llevaron a la Unidad Popular al gobierno. Ahora era una alianza amplia con un centro que mostraba su capacidad de encabezar la transición y una izquierda que por la democracia era capaz de posponer sus deman-

das históricas. Este es el contexto político que dio lugar al ingreso de los socialistas (en todas sus versiones -PS y PPD-) a una institucionalidad que, se admita públicamente o no, definía a través de los medios quiénes eran tolerables para ejercer los cargos de gobierno y representación política.

Primer periodo: todo bien y hasta de partido transversal se habló

En el primer periodo la vuelta a la democracia era lo que importaba. Además, permitía sellar el proceso de fin de la dictadura como régimen político, esto es, a los opositores se les terminaba el miedo por la amenaza real de ser asesinados, torturados o perseguidos por el Estado. Entonces, no cabía duda que era un avance de magnitud. Por lo mismo, no cabía opacarlo con estas apreciaciones de orden institucional, que la derecha siempre dijo y aún dice, no le interesan a los chilenos.

El grado de coincidencia de los distintos partidos con los logros democráticos, entendidos como el efecto de una fuerte cohesión programática, dio pábulo para que se planteara incluso la creación de un partido transversal de la Concertación sostenido en acuerdos de cómo gestionar gobiernos que a la sazón eran más importantes que las reminiscencias ideológicas. Sin embargo, los representantes de esa denominada nostalgia ideológica fueron más fuertes en sus respectivos partidos y la propuesta de partido transversal quedó solo planteada en los medios de comunicación y nunca pudo ser siquiera discutida en las respectivas orgánicas partidarias.

En todo caso, se confirmó para la sociedad y para la opinión pública internacional que el bloque en el gobierno era capaz de dar gobernabilidad. Esto porque respetaba la institucionalidad, convivía con Pinochet como comandante en jefe y aceptaba a los senadores designados por los poderes representativos de la dominación militar, política y del poder judicial que operó en dictadura, que neutralizaban la mayoría política de la Concertación en el Senado. En estas condiciones los gobiernos estaban obligados a llegar a acuerdos con la derecha para sacar cualquier proyecto adelante. Por eso se habló de la democracia de los acuerdos. Porque no era una democracia de las mayorías. Era la aceptación de una democracia corporativa, como tanto soñó Patria y Libertad. Así los militares, en retiro pero militantes de Pinochet, algunos de sus ex ministros y miembros de la Corte Suprema de Justicia conservaban poder aunque no fueran democráticamente elegidos.

Democracia de los acuerdos como democracia corporativa

Esta democracia de los acuerdos que se extendió a las mesas de diálogo, instauraron definitivamente la democracia corporativa que es una convivencia entre liberalismo económico con corporativismo político. Las mesas son una forma auxiliar en que se basó el ejecutivo para llegar a acuerdos con los denominados -por la propia derecha- poderes fácticos, que son otra forma de nombrar a los representantes de los sectores dominantes del país. Así los militares en servicio activo y ex ministros de la dictadura compartieron con los abogados de derechos humanos. Del mismo modo lo hicieron empresarios con los ministros sectoriales y, en general, los grupos de

presión con sus respectivos responsables de las políticas públicas, casi en paridad dentro de los equipos, aunque las autoridades de gobierno hubieran sido generadas democráticamente.

Esta pauta se repitió para cada uno de los gobiernos de la Concertación. En consecuencia los gabinetes respectivos, para dar fluidez a sus decisiones, optaron por hacer ingresar por el costado a los empresarios y a otros grupos de presión al diseño e implementación de las políticas. En las exportaciones, en las negociaciones internacionales, en las finanzas, en la previsión, en las relaciones laborales, en la educación, en la salud, en el transporte, en la construcción, en la agricultura, en las empresas públicas; en general, en todas las áreas de decisiones que implicaba el riesgo de ver afectadas sus propiedades, negocios o juicios morales de los grupos dominantes, se les convocó a mesas de diálogo, comisiones nacionales, cuarto de “al lado” en las negociaciones internacionales o cualquier forma que les garantizara que sus intereses no sería tocados esencialmente.

Esta forma de democracia corporativa es la que ha predominado estos años y que es aplaudida por el sentido común que se hace circular por los medios de comunicación y que se exporta como la forma chilena de transición a la democracia con gobernabilidad más allá de la democracia. Probablemente, en un gobierno de derecha, estas entidades auxiliares de la gestión de gobierno cambien de contenidos y pasen de ser grupos de presión que demandan a ser consejos consultivos que apoyan la gestión de gobierno.

Los conflictos políticos de fondo

En este contexto de límites a la democracia y a los logros sociales de los gobiernos, se abrió el debate entre autocomplacientes y autoflagelantes dentro del periodo de Frei y que luego adquirió mayor notoriedad en el gobierno de Lagos. Estaban quienes se satisfacían por lo logrado, con buenas razones que aludían a la gobernabilidad, así como también, otros sectores de la elite de gobierno mostraban su insatisfacción porque en ese cuadro de concesiones los intereses de los sectores populares quedaban permanentemente postergados.

Lo que efectivamente ocurrió es que mientras subyacían varios planos de diferencias, la gestión del ejecutivo -y los afanes de verse representados en los equipos de gobierno- disciplinaba no sólo a las autoridades políticas más allá de sus militancias, sino que también a los propios partidos que aceptaron que para gobernar había que ceder en sus demandas ancestrales.

Claramente se gobernaba pero muchos problemas de fondo no se resolvían y muchos más aún ni siquiera se planteaban. De este modo, muchos conflictos que aparecían como expresiones de caudillismo o deseos de figuración tenían trasfondos más sólidos que quedaban descalificados por la forma o por quienes los encabezaban. Así, a poco andar de los gobiernos de la Concertación, salió el Partido Humanista de la alianza oficial y se provocaron varias renunciaciones individuales que no tuvieron eco social significativo.

No obstante, el problema de fondo era que el acuerdo político “nacional” no representaba ni representa a las mayorías y que quienes se hicieron portavoces de los intereses de esos sectores de trabajadores, clases medias, campesinos, empresarios pyme o estudiantes, terminaron frustrando sus expectativas. Muchos de estos ciudadanos al no tener más opciones competitivas dentro de la sociedad sirvieron de apoyo a posturas populistas de cualquier signo y en el último certamen electoral, un segmento de ellos dio la ventaja al representante de la derecha que se vistió con la consigna del cambio (aunque en este contexto sea redundante aclararlo, se refería a cambio de gobierno y cambio de personas, pero no de cambio del sistema de dominación).

Primero la DC y luego el PS – PPD, como si fuera un proceso ordenado

Las condiciones que hicieron casi evidente que los primeros gobiernos de la Concertación fueran dirigidos por presidentes DC se modificaron, tanto por la acumulación de demandas insatisfechas que tenían base popular, como por el afán hegemónico de este partido que copaba sin dar mucha participación a sus aliados dentro de la Concertación. Su ubicación como los avales democráticos para la derecha así como sus posiciones más conservadoras en el plano de los valores y el mal término del gobierno de Eduardo Frei –aunque este punto sea más bien de coyuntura en ese periodo-, dieron lugar a que en el año 1999 se realizaran primarias competitivas en las cuales se reafirmó el liderazgo de Ricardo Lagos. Eso dio como resultado que se recompusiera un acuerdo laico dentro de la Concertación que puso al bloque PR-PPD-PS como una mayoría casi aritmética dentro de la Concertación.

Este hecho, explicable en lo político, tuvo un efecto explosivo dentro del conglomerado. Las elecciones parlamentarias que se realizan en paralelo con la elección de Michelle Bachelet en el 2005, fueron detonantes de un problema de desequilibrio de fuerzas que ya se notaba en el plano electoral. Bachelet desplazó por popularidad manifiesta a Soledad Alvear que hizo innecesaria una primaria para la ocasión. Esa popularidad más los magros resultados parlamentarios de la DC que en este caso empezó a verse perjudicada por el sistema binominal, pusieron una alerta dentro de la alianza y del propio gobierno que se iniciaba.

La DC estaba encabezada por Adolfo Zaldívar, un dirigente altamente ideologizado en posturas partidistas y que históricamente no se había sentido cómodo en alianzas con la izquierda. La DC en esa condición de merma en su representación parlamentaria y con esa dirigencia crítica de la alianza de gobierno y de las ideas de partido transversal que en otro momento se plantearon, colocaron al Gobierno de Bachelet en una encrucijada mayor. Podría frustrarse su gobierno si se perdía el apoyo del hasta ese momento el principal partido del centro político.

Bachelet proviene del grupo de la Nueva Izquierda del PS, que encabeza Camilo Escalona. Formalmente, el sector más izquierdista del PS. Aunque su popularidad no provino por haber expresado tales posiciones en el debate político, lo cierto es que Camilo Escalona se comprometió con

su éxito como presidenta⁵ y más de una vez hizo alusión a que esta vez el Partido Socialista no abandonaría a su Presidente, como lo hizo con Allende durante su gobierno entre 1970 y 1973.

Bajo estas circunstancias de tendencia al aislamiento dentro de la alianza y de merma electoral de la DC, el Presidente del PS se propuso dos objetivos íntimamente ligados. El primero comprometerse con el éxito de la Presidenta pues con ella se jugaba la credibilidad del PS y de su tendencia como grupo capaz de ofrecer gobernabilidad. El segundo, involucrar activamente a la DC en el gobierno y forjar con ese Partido una alianza política y de este modo romper con la tendencia de reagrupamiento por afinidades ideológicas que estaba prevaleciendo dentro de la Concertación. Esto implicó sobre representar a la DC dentro del gobierno y además dar todas las señales políticas de trato privilegiado que culminaron con la lista separada que llevó la concertación en la última elección municipal, con la DC y el PS como los oficialistas y el PPD y los radicales como los insatisfechos con los acuerdos electorales, aunque todos concertacionistas.

Ambos propósitos pueden entenderse en la mejor interpretación posible, pero, aún así cabe hacerse cargo de sus consecuencias. La sobre representación DC en el gobierno provocó una generalizada molestia en los demás partidos que vieron como se hacía uso de las posiciones de gobierno para figuración personal o partidaria, así como observaron sin posibilidad de réplicas muchas decisiones que tenían que ver con el uso de los recursos. Esta disparidad entre los aliados se hizo sentir más allá de la militancia y muchos adherentes de la Concertación se sintieron frustrados por estas decisiones y prácticas políticas.

Por otra parte, el quiebre del PS con sus socios progresistas sólo representó costos para el propio partido que llegó muy fragmentado a la última elección, perdiendo dos senadores justamente con la DC, por la particularidad del sistema binominal.

Lo que la dirigencia del PS supuso que era campo de maniobra no era tal. No se podía cambiar de aliados internos sin interferir en la marcha estratégica de la alianza global y sin ser evaluados por la ciudadanía. Las condiciones de percepción pública no corresponden a esa visión inercial de la política, tanto más cuanto que en estos veinte años se fortaleció al adversario político y se exhibieron como nunca las propias debilidades y fragmentaciones.

El tratamiento inadecuado de los conflictos y las lealtades. Díscolos y tránsfugas.

En este trayecto de veinte años y si se pone el foco en los últimos años, las posiciones políticas dentro de la Concertación, a veces obedecían a precisiones de línea política de los propios partidos

⁵ Esta relación de lealtad recíproca vivió su último episodio con el respaldo que la Presidenta hizo a Presidente de su partido cuando se pedía su renuncia como requisito para conseguir el apoyo de Marco Enríquez.

y muchas más veces a razones de supervivencia de grupos de los partidos que operaban desde el gobierno para sostener sus posiciones. Este es un cuadro más realista de las organizaciones y de los dirigentes reales, debidamente personificados y conocidos en sus roles, que procesaban los conflictos internos. De allí deriva la simplificación evidente de colocar la noción de lealtad como la separadora entre posiciones correctas y las desleales o traidoras, restando de esta manera la legitimidad ética a la diferencia o a la crítica.

Entonces, surgieron muchos conflictos que, en vista del bien superior: hacer un buen gobierno sobre la base de una alianza descompensada, eran minimizados u omitidos. El problema de esta perspectiva es que había otro bien superior, la trascendencia del gobierno tras objetivos de transformación social, que se dejó de apreciar por la situación inmediata. El resultado no puede ser más elocuente:

- i) la presidenta ganó en apoyo popular y deja el gobierno con una aceptación ciudadana muy alta;
- ii) la democracia cristiana recuperó cupos en la elección parlamentaria; y
- iii) La derecha ganó el gobierno.

Esto sí es grave porque perdió Chile, pues la derecha llegará a gobernar e impondrá sus intereses con base en la legalidad y con legitimidad democrática. Esto implica desplazar de la gestión del gobierno a los sectores democráticos anti dictatoriales, que en otro momento se llamaron mayoría por los cambios.

De este modo, las diferencias internas, legítimas en todo conglomerado, no fueron trabajadas, analizadas, ni menos aún resueltas. Todo aquél que mostró dudas o diferencias fue catalogado de díscolo y, más grave aún, quienes protagonizaron esas diferencias se sintieron halagados con el término. Tuvieron prensa, alta exposición pública y se encandilaron con su conducta, que en definitiva, restó la mayoría necesaria para abordar las transformaciones en la estructura de poder de la sociedad chilena.

Entre los disidentes, había de todas las posiciones y es difícil suponer que se podían haber ordenado. Pero también es cierto que con aquellos que no salieron por la derecha, era posible alcanzar acuerdos si se hubiera mantenido una actitud menos descalificatoria. Los de Chile primero fueron subsumidos por la derecha. Los del PRI son un foco de contradicciones entre populismo de centro con proclividad a llegar acuerdos con la derecha. Luego estuvieron los díscolos PPD y PS que oscilaban en posturas más avanzadas en lo cultural o más radicales en lo social, pero que en definitiva no podían cambiar las grandes tendencias que se manifiestan en Chile. Pudieron mostrar el descontento interno, pero eso no basta si se quiere cambiar Chile.

La necesidad de repensar la política y armar una estrategia no sólo de gobierno sino que de poder para el movimiento democrático y popular en Chile

El escenario que se abre luego de la elección de Piñera agudizará las contradicciones en la sociedad chilena. Desde hace mucho tiempo, muchos dentro de la izquierda pensamos que este tipo de situaciones no favorece al movimiento popular. Más claramente, abiertamente lo perjudica. Los instrumentos de poder mayoritaria y abrumadoramente estarán, durante los próximos cuatro años en manos de la derecha política, económica y mediática.

Por tanto, repensar cómo hacer la política parte por admitir que estamos dentro de un Estado de Derecho, con sistema político democrático electoral vigente, y que todas nuestras acciones se deben enmarcar en este ordenamiento jurídico.

La meta inmediata debe ser recuperar el Gobierno para avanzar en restar poder a los otros mecanismos de ejercicio de la dominación en Chile. Se trata de ser gobierno para alterar la correlación de fuerzas sociales y políticas que sustentan el esquema de poder actual. Vale decir, desde ahora ser claro en que se buscará el gobierno no solo para administrarlo.

Entonces es importante revisar con qué se cuenta o qué se necesita para proponerse estos objetivos estratégicos.

Mayoría popular

Lo primero, imprescindible, es reconstruir una mayoría estable por los cambios. La propuesta se afirma en el hecho indesmentible que la mayoría en Chile es popular y que ser popular no es una calificación estigmatizadora. Es una forma de identidad que debe valorarse.

Esa mayoría tendría que expresarse en alianzas políticas, en movimientos sociales y en una cultura de transformación comprometida con la democracia y la justicia social. Esto requiere rediseñar el Chile que queremos referido no sólo al ejercicio de un próximo gobierno sino que principalmente respecto a cómo alterar la actual estructura de poder.

La estrategia, que hace algunos años nos llenaba de controversias, ahora es más clara: dentro de la democracia es necesario movilizar todas las fuerzas sociales y culturales que permitan conformar un movimiento que tenga expresión electoral, tras objetivos compartidos y con una mística y una ética que convoque a las mayorías.

En este movimiento caben los partidos políticos, todos los de la Concertación y los de Juntos Podemos, más todos los independientes o díscolos que quieran sostener su identidad fuera de los espacios partidarios; los movimientos sociales que den identidad social al movimiento: recuperar el sentido popular de la lucha social: sindicatos, campesinos, estudiantes, pequeños productores;

fuerzas sociales que se reconozcan en algún atributo particular: jóvenes, mujeres, grupos étnicos, expresiones regionales, entre muchos otros que pueden aparecer.

La noción de movimiento favorece la acción asociada de movilización. Entonces se trata de vincular y hacer coherentes desde un inicio la validez del objetivo electoral con la forma de acción de mucha gente expresándose en democracia bajo las más diversas formas. Lo que no se pudo construir como fuerza electoral para la segunda vuelta, debe ser repuesto desde una perspectiva más estratégica a sabiendas que, entretanto, el gobierno de la derecha hará todos los esfuerzos por sostener la dispersión que hoy muestran las fuerzas progresistas y democráticas.

Tratamiento a las diferencias internas

La Concertación tuvo el valor de la unidad anti dictatorial. Los partidos flexibilizaron posiciones tras este propósito. Que asuma un gobierno de derecha no tiene la misma significación que confrontar una dictadura. Si se sigue estrictamente esta comparación, podría suponerse que por ser distintas las condiciones sea también distinta la respuesta de los opositores. En el caso actual, la estrategia del gobierno que se inicia es insistir en que esta nueva situación favorece la conformación de una unidad nacional liderada por la derecha empresarial y mediática. Ello implica la búsqueda de cooptación de políticos y técnicos de la Concertación.

Ante esta realidad que ya está operando se requiere la máxima unidad de la Concertación y de los referentes que se conformen. Pero se trata de una unidad de la diversidad. De lograr armar una oposición no excluyente de tal manera que la propuesta del gobierno de unidad nacional se disuelva por no encontrar eco en lo que será la oposición. Eso implica aceptar que quienes jugaron roles distintos y hasta contrapuestos en las elecciones presidenciales hoy se puedan encontrar en espacios donde no predominen las recriminaciones mutuas, pues como se desprende de los análisis antes expuestos, de poco sirve ganar una posición dentro de un partido político o de una coalición, si no se apunta a modificar el cuadro político general.

La principal conclusión del diagnóstico realizado es que a ninguno de los componentes de la Concertación le sirvió tener razón en aspectos parciales o ganar más representación parlamentaria a costas de un aliado, pues como resultado de esta división interna se perdió el instrumento principal de ejercicio del poder político: el gobierno. En analogía, para reconstruirnos como oposición no sirve que algunos demuestren tener razón a costas de reprochar conductas de los otros. Realmente no sirve, por demostrar que se tiene la razón, descalificar a otros o intentar subordinarlo a las consabidas posiciones correctas. Hoy lo único que cabe en esas categorías es la unidad política y la movilización social.

Aporte socialista

Nuestro aporte como socialistas a la construcción de ese referente, que va más allá de la alianza política de la Concertación, es representar los intereses de los sectores populares que se vieron opacados en su expresión durante estos años.

Es fundamental para el PS recuperar la capacidad de representar a los trabajadores, campesinos y estudiantes. Poner muy claro que en la relación capital trabajo propia del capitalismo, estamos y seguiremos estando del lado del trabajo. Para ello se requiere reconstruir la identidad socialista y los encuentros que realice el partido en los próximos meses deben tener este sello.

Aunque el partido es político, lo que viene como tarea principal en los próximos meses es recuperar la condición de representación social. Esa característica sólo puede hacerse efectiva si se pone en primer lugar las demandas populares. Remozarlas de acuerdo a las realidades del presente, pero conscientes que todavía están vigentes:

- Salario justo y negociación colectiva
- AFP pública con un pilar solidario que reparta lo recaudado en comisiones
- Renacionalización del cobre
- Apoyo a las Pymes
- Defensa de los consumidores y tarifas justas en los servicios básicos
- Educación y salud públicas y de calidad
- Plebiscito para cambiar la constitución política del Estado
- Respeto al trabajo de los empleados públicos

Esta enumeración es sólo a modo de ilustración, puesto que debe ser trabajada con las organizaciones sociales y utilizando medios modernos y sistemáticos para representar adecuadamente la demanda social. Sin embargo, lo que se quiere resaltar es que existe un pliego de demandas que se puede levantar y respecto del cual es posible movilizar a los distintos sectores populares.

Finalmente, establecer procedimientos democráticos para la renovación de liderazgos que den lugar, si es del caso y se cuenta con legitimidad, a una renovación de dirigentes que acompañen la recuperación de los contenidos populares en la expresión política del Partido Socialista.